

# TESOROS BIBLIOGRÁFICOS MEXICANOS

*Manuel CARRERA STAMPA*

SI POCOS son los libros impresos por mexicanos que tratan del vecino país, más todavía los que como el libro del bibliógrafo Joaquín Fernández de Córdoba intitulado *Tesoros Bibliográficos de México en los Estados Unidos*,\* tienen valor científico. Este libro ofrece muchos datos conocidos sobre bibliotecas, libros raros y manuscritos que tratan sobre nuestro país, y muchas noticias desconocidas. En estilo claro y sencillo, relata cómo gran parte de nuestro patrimonio documental y bibliográfico ha ido a parar a las bibliotecas de los Estados Unidos de Norteamérica. Sus páginas constituyen una seria admonición contra nuestra incuria, contra nuestra apatía, ya que por una u otra causa no hemos sido capaces de conservar dicho patrimonio ni de aquilatarlo en todo su valor.

Y aquí insistiré en lo que he dicho ya en otras ocasiones, en la necesidad de convencer a nuestros ciudadanos, a la gran masa, de que el patrimonio bibliográfico y documental, pertenece al patrimonio de la nación, y por lo tanto, debe de respetarse y cuidarse. Existe una organización bien constituida y con amplios recursos, formada de libreros, anticuarios y bibliógrafos mexicanos y estadounidenses, que ya de por sí o sirviendo a intereses universitarios o instituciones del país vecino, continúan saqueando nuestro patrimonio documental y bibliográfico. Para que no se piense que exagero, ahí están las recientes compras de lo robado por manos mexicanas en la Biblioteca Palafoxiana de Puebla y en el Archivo de Cancelados de la Secretaría de la Defensa Nacional. Biblió-

\* JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA: *Tesoros Bibliográficos de México en los Estados Unidos*. [Introducción de Jesús Castañón Rodríguez.] México, Editorial Cultura, 1959; X + 152 pp., ilustraciones.

grafos, anticuarios y uno que otro historiador, al lado de libreros (al fin y al cabo mercaderes), abusan de sus conocimientos y participan en el lucrativo y antipatriótico comercio.

Fernández de Córdoba dice cómo se han dispersado las bibliotecas de distinguidos mexicanos: Carlos de Sigüenza y Góngora y Mariano Fernández de Echevarría y Veytia, quien recogió parte de la de Lorenzo Boturini, y cuya biblioteca, después de muerto Echevarría, fue a parar primero a manos de Antonio León y Gama y después a las del padre Pichardo. Refiere cómo Humboldt, José Mario Alejo Aubín y M. E. Goupil, llegaron a poseer algunos importantes y únicos ejemplares, y cómo los americanistas Daniel Garrison Brinton, Carl Hermann Berendt y Brasseur de Bourbourg acapararon importantes obras raras. Cuenta de qué manera las magníficas bibliotecas del padre Agustín Fisher, favorito de Maximiliano, el librero José María Andrade, los arqueólogos José Fernando Ramírez y Alfredo Chavero y el bibliógrafo Nicolás León, se desbarataron, yendo a parar, casi en su totalidad, a las universidades norteamericanas.

El autor nos habla de la colección Edward E. Ayer de la Biblioteca Newberry de Chicago, riquísima en obras de lingüística americana; de la Biblioteca John Carter Brown, de Providence, Rhode Island, perteneciente a la Brown University; de la Biblioteca del Free Museum of Science and Art de la Universidad de Pennsylvania; de la Biblioteca de la Universidad de Tulane; de la Universidad de Yale; de la Biblioteca Williams L. Clements de la Universidad de Michigan, en Ann Arbor; de la Biblioteca Sutro, de San Francisco California; de la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California, en Berkeley; de la Biblioteca Henry E. Huntington, en San Marino, California; otra vez de la Biblioteca de la Universidad de Yale; de la Biblioteca de la Universidad de Michigan, y finalmente, de la Biblioteca del Museo del Indio Americano, Fundación Heye, en Nueva York. En una segunda parte, trata de otras muchas bibliotecas, sin ningún orden ni concierto, como en la parte primera.